

LOS GRANDES MITOS DE
Occidente

ANA-GRACE AVILÉS MARTÍNEZ

Prólogo por Abdón Ubidia



LOS GRANDES MITOS DE OCCIDENTE

Ana-Grace Avilés Martínez

editorial
El Conejo
40 años

PRÓLOGO

por Abdón Ubidia

ANA-GRACE, LOS MÁS GRANDES MITOS DE OCCIDENTE

Claude Lévi-Strauss vino a causar una nueva herida al narcisismo occidental. Como Copérnico, quien canceló la idea de que la Tierra era el centro del universo, y el propio Freud cuando dijo que la razón reposa en el inconsciente.

En sus grandes libros, *El pensamiento salvaje*, *El análisis estructural*, *Las mitológicas*, Lévy-Strauss devastó, de modo contundente, las creencias más arraigadas sobre ese ser endiosado que se llamó “el hombre”.

En principio, demostró que “El hombre”, esa categoría totalitaria, solo se acomodaba a un modelo humano: el occidental. Pues había otros hombres que vivían en otras sociedades y, por ende, otras culturas, que tenían también lenguajes altamente estructurados, sistemas de parentesco, sistemas cognitivos, y economías que nada tenían que ver con un Occidente que los excluía y despreciaba como pertenecientes a sociedades primitivas y salvajes.

En el largo trabajo, que le llevó toda su vida, Lévy-Strauss, estudió pacientemente ese llamado *pensamiento salvaje*. Así desmontó el reinado del hombre occidental y lo ubicó como uno más de las comunidades humanas posibles. Su conclusión: *los hombres han pensado siempre bien*.

Así pues, nada de pensamientos prelógicos, infantiles, como los concebían los primeros antropólogos.

Una parte fundamental de su trabajo fue la recopilación, clasificación y estructuración de los mitos de esas culturas que, para él y la nueva antropología, dejaron de ser primitivas y fueron entendidas como altamente evolucionadas, solo que enfrentadas a objetos de conocimiento distintos y provenientes de una relación distinta con la naturaleza.

La mitología fue entendida como un vasto sistema de pensamiento que clasificaba de otra manera el mundo. ¿Qué son, entonces, los mitos?

Pues, formas de explicar el mundo de un modo articulado y lógico. Y tienen una característica fundamental: son sagrados para quienes creen en ellos.

En la larga historia humana, comprobamos que no hay manera de desprendernos de las grandes mitologías que sostienen nuestras creencias más arraigadas. A las mitologías, que rigen el mundo llamado primitivo, deberemos sumar las religiones y, ahora, en plena modernidad y posmodernidad, las ideologías, como, por otra parte, el mismo sabio francés ya lo dijo: *las ideologías son las mitologías de hoy*.

¿Por qué los mitos son sagrados? Porque implican un saber atado, trabado, unido a la tierra, a las cosas reales de esa tierra. Y eso es algo que Occidente ha olvidado: la unión de, el pensamiento y la cosa, el saber y la realidad palmaria, la palabra y la cosa siempre juntas.

El formidable libro de Ana-Grace, que podría haberse llamado también: *La deconstrucción de los grandes mitos de Occidente*, emprende una vasta investigación en la que también está presente la poderosa guía de otros pensadores grandiosos: Derrida, el deconstructivista posestructuralista, claro, pero también, en estos días, Romain Bertrand, para quien, es importante no solo esa relación de la palabra y la cosa, sino, sobre todo aquello que no está nombrado, aquello que carece de nombre pero que también existe.

¿Cuándo el mito pierde su carácter sagrado? Pues cuando se olvida de la realidad a la que pertenece y ya no representa lo dizque representado, cuando ya no dice la verdad de una cultura (que puede haber desaparecido) y se convierte en ficción. Esas ficciones adquieren un carácter lúdico y se transforman en los cuentos folklóricos que conocemos desde niños, como *La Cenicienta* o *La bella durmiente*, o se vuelven simplemente grandes falsedades perversas.

Aquí nos encontramos también con un propósito ético de Ana-Grace: desmontar las grandes mentiras que fundamentan la actual mitología –ideología, diríamos– occidental. Una mitología hecha, de un modo impecable y perverso, para justificar el saqueo, la masacre, la depredación de la naturaleza, desde la época en la que, sobre todo Europa, puso en marcha el coloniaje y la esclavitud.

Pero en estos tiempos, como bien lo muestra Ana-Grace; amparada por célebres universidades y academias, por grandes medios de comunicación, por todo el gran poder que hoy somete a la humanidad, esa mitología falsa de Occidente, pasa a ser la religión de hoy, la verdad revelada que sostiene, por la razón y la fuerza, la feroz maquinaria del capitalismo actual.

Entonces viene el enorme trabajo de Ana-Grace Avilés Martínez: enumerar y desmontar *Los más grandes mitos de Oc-*

cidente. Son 77 mitos que, como ya señalamos, los hemos asumido como verdades irreprochables y definitivas. Tienen que ver con nuestras convicciones más caras: la razón, la ciencia, la democracia, el progreso.

Ana-Grace, a pesar de su bella y delicada apariencia, es una guerrera temible que emprende, con las armas de la sabiduría, la tenacidad y el valor, un enorme trabajo de demolición de las creencias oficiales más arraigadas en el mundo de hoy.

De uno en uno, desmonta, con pruebas eruditas e irrefutables, 77 de los mitos más difundidos de Occidente. Cada uno de sus argumentos está respaldado por una legión de datos y citas de estudiosos célebres. Cada mito se brinda como una verdad muy difundida que la autora, con inteligencia, cuestiona como si fuese una pregunta positiva que obtiene, por su parte, una respuesta negativa y contundente.

Abrevio las principales respuestas:

–NO han terminado las persecuciones y genocidios.

–NO toda narración histórica es objetiva.

–La Globalización, NO es un fenómeno reciente.

–NO es ejemplar el modelo de producción industrial.

–El PIB NO refleja el bienestar de un país.

–La agricultura industrial NO eliminará el hambre en el mundo, pues la llamada *Revolución Verde*, aparte de sus éxitos económicos, trajo a la par el uso indiscriminado de pesticidas como un veneno cotidiano.

–El éxito económico NO se traduce en mejor calidad de vida.

–Modernidad, desarrollo y progreso NO significan mejorar y brindan bienestar.

–El trabajo NO puede dejar de ser una alienación gracias a Internet.

- La era del trabajo NO está llegando a su fin.
- Una empresa rentable NO es útil a la colectividad.
- Las sociedades del Primer Mundo NO son justas y democráticas.
- Para mejorar la calidad de vida NO es indispensable el endeudamiento.
- La guerra económica NO es una perversión del sistema, la guerra económica es el sistema.
- La economía NO es una ciencia.
- Solo la educación NO nos hará libres.

El recuento y exhaustivo análisis de estos grandes mitos de Occidente, termina con un penúltimo cuestionamiento aún más inquietante:

MITO NÚMERO 76:

- La ciencia es una práctica de formidable exactitud.

Ana-Grace no necesita mencionar a Bachelard, quien decía que los más grandes descubrimientos científicos habían sido hechos al margen de la ciencia, ni a Feyerabend, otro gran epistemólogo tan cuestionador del método científico, para dudar del estatuto sagrado de la ciencia. Y otro gran NO es la respuesta.

Todas estas negaciones están, ya lo dije, respaldadas por razones y citas eruditas que nos muestran en la cara lo que, por desgracia, muchos no queremos ver: el final de la civilización actual y lo que Ana-Grace llama: el pacto por el suicidio global.

Siempre recuerdo el aforismo de Walter Benjamin con el que Marcuse termina *El hombre unidimensional: Es solo gracias a la desesperanza que nos ha sido dada la esperanza*.

Ana-Grace, con *Los grandes mitos de Occidente*, luego de nombrar tantas desesperanzas, nos muestra, sin embargo, que la esperanza es posible. Y está al alcance de todos. Basta con que denunciemos el absurdo mundo en el que nos ha tocado vivir y

nos liberemos de los mitos que lo sostienen. Son cada vez más quienes promueven soluciones alternativas, ecológicas y sostenibles para salvarnos del suicidio global. Algunos ejemplos, nos muestra la autora. El más sugestivo, sin duda, y al que ella se adhiere, sin reservas, es el movimiento llamado *Colibrí*, creado y dirigido por Pierre Rabhi, el pionero de la agroecología, inventor de un concepto especial: el de la “sencillez voluntaria”.

Quizá algunos lectores quieran recordar, luego de terminar el libro, al Lévy-Strauss de *Tristes trópicos*, e infieran que el propósito audaz de Ana-Grace por deconstruir los grandes mitos de Occidente, conlleva una actitud neo-roussonian. Yo les haría una pregunta: ¿Y por qué no? Después de todo, le debemos al romanticismo una relación emotiva, íntima, con la naturaleza y con el amor. Y esa relación es parte consustancial de la condición humana.

Gracias Ana-Grace por tu gran libro.

ANTE-PROPÓSITO

Por Ana-Grace Avilés Martínez

Los seres humanos reflexionamos a partir de historias que tienen un comienzo, un desarrollo y un fin. Los seres humanos vivimos cada día llevados por narraciones que dan sentido a nuestro cotidiano, que dan sentido a nuestras vidas. En antropología, esas historias se llaman mitos y el conjunto de esos mitos: mitología.

El pensamiento mitológico no tiene —en sí— nada de malo, nada de bueno; no es necesariamente falso, ni verdadero. La mitología es, simple y sencillamente, la manera a través de la cual todo ser humano da sentido a su vida, personal y colectivamente.

Es debido a esta manera de funcionar, tan propia de los seres humanos, que la literatura, los cuentos, las ficciones, las narraciones, las leyendas, etc. tienen un espacio primordial en nuestras vidas. Cuando una persona no logra organizar sus ideas en un todo coherente, se paraliza. Para salir de la cama, cada día, y hacer todo aquello que hace parte de nuestro cotidiano, cada ser humano necesita de una historia que le guíe. Así sucede con todo. No se trata de un manual escrito, este funcionamiento está

tan profundamente arraigado en nuestro ser que ni siquiera lo notamos; salvo, cuando aquello que nos guiaba, por alguna razón, deja de ser nuestro horizonte.

De la literatura a la mitología parece existir un espacio enorme pues Occidente creó una brecha entre lo real y lo ficticio, entre un grupo de seres que creen en cuentos y leyendas y otros, los occidentales, que saben que se trata de ficciones. El trabajo que llevo haciendo desde hace ya muchos años, trata de romper esta gran creencia pues me parece saludable regalarle a la gente la posibilidad de conocerse bien. Si somos seres de creencias, seres de historias, de narraciones, de mitología, ¿por qué debemos vivir creyendo que no lo somos?

Cuando logremos entender que necesitamos de narraciones, de historias, que den sentido y coherencia a todo lo que la vida nos trae, que den sentido a lo que somos y hacemos cada día, podremos elegir, por fin libremente, esa narración que queremos que se convierta en nuestra guía. El modelo de vida occidental que rige los modos de vida en todas partes del Planeta Tierra es el resultado de unas historias que nos fueron contadas, que fueron contadas a nuestros ancestros y que aún continúan siendo narradas a través de todos los medios de información.

Ese modelo de vida regido por la explotación de todo lo que existe, desde la materia prima, arrancada a la madre Tierra, hasta la explotación —no solamente de la fuerza laboral de cada ser vivo sino incluso de cada uno de sus talentos—, esa explotación está aniquilando a nuestra propia especie, esa explotación nos empuja a hacernos daño porque cada día nos *autoexplotamos*, a nosotros y a nosotras, convencidos de que estamos siendo productivos, eficientes, laboriosos.

Se habla mucho de la destrucción del Planeta, pero si bien es cierto que la naturaleza está llegando al clímax de la devasta-

ción humana, no es menos cierto algo que rara vez se nos ocurre pensar, se nos permite decir: somos los seres humanos las primeras víctimas de un modelo de vida que no nos considera sino como objetos de explotación, a pequeña y gran escala, que sea para que produzcamos algo, o que sea para que consumamos, compremos, botemos y volvamos a comprar.

Entender que vivimos guiados por una narración y que esta narración tiene, como todas las narraciones, un principio, un desarrollo y un final, puede... quizás puede... espero que pueda, ayudarnos a reflexionar más, a reflexionar mejor, a quizás solamente reflexionar sobre aquello que cada día estamos haciendo —o no—, para que nuestra vida, la propia y la colectiva, sea eso que queremos que sea y llegue a donde queramos que llegue: estabilidad y armonía —o— contradicción y *desastre*.

Este libro lleva una gran parte de historia —pero no solamente— porque en él, he entretejido los hilos que unen cada una de las esferas de estudios y de disciplinas científicas, apartadas entre sí desde hace ya siglos. Apoyada por un séquito de citas, fruto del trabajo de autores eruditos —muchos de los cuales están en vida laborando cada uno en su propia disciplina—, me sostengo sobre los hombros de gigantes, como dice Jean-Claude Ameisen, haciéndose eco, de todos quienes han utilizado esta frase, tal como lo hiciera “El pequeño Juan”, Jean de Salisbury, teólogo, filósofo, educador, autor y diplomático inglés, nacido en el año de 1120.

Deconstruir mitos es con seguridad algo muy audaz, pues quien sienta el sacudón y se resista, no estará muy contento. Sin embargo, los años de trabajo me han mostrado cuán valioso es sostenerse sobre los hombros de gigantes. El saber de los sabios, que no atacan, sino que instruyen, cuestionan y explican, hace de la deconstrucción un ejercicio sano y liberador que nos regala la

posibilidad de renacer a otras formas de vida, cuando el mundo en el que solíamos vivir y creer, se nos ha hecho trizas.

Que la deconstrucción no sea motivo de guerra —sino de paz—, es mi más profundo y sincero deseo.

INTRODUCCIÓN

EL ESTADO DE NUESTRO PLANETA TIERRA

El pacto por un suicidio global

El hombre occidental, tomando las palabras de Descartes como consignas, se ha creído en el deber de dominar a la Naturaleza y no ha parado de someterla y de someter todo lo que proviene de ella a cada uno de sus caprichos. Hoy, sin embargo, se pueden mirar las cosas desde otras perspectivas; la tecnología actual nos permite ver lo que Descartes y sus congéneres eran incapaces de observar. Gracias a las numerosas imágenes que circulan en la red, podemos ser testigos de lo que el modelo occidental provoca: sobre las aguas del océano Pacífico flota una isla artificial de ¡100 millones de toneladas de basura! Es más grande que la isla de Cuba; esa isla de 4,5 millones de kilómetros cuadrados, es el resultado del modelo industrial del desperdicio y de lo desechable, de la obligación cotidiana de botarlo todo para volver a comprar, para que las industrias del mundo sigan fabricando aquello que nos sentiremos en la obligación de tirar el día de mañana, todo bajo el pretexto de generar riquezas para que funcione la economía.

El crecimiento económico se funda sobre los recursos naturales que parecían, hasta hace unas décadas, ser fuentes inagotables, eternas. Ese modelo económico basado en el consumo está llevándonos hacia un desastre enorme. Los gobernantes y poderosos del mundo, en su gran ignorancia, siguen pactando por un suicidio global y, al parecer, aún no han podido darse cuenta. Ese modelo de sociedad, ese sistema, ese mundo no son solamente una terrible amenaza para las generaciones futuras, ese sistema es injusto también para la gente de hoy, negativo y malsano incluso para aquellos que detentan el poder y dominan. A muchos les cuesta entender que son gigantes montados sobre torres de arena; a muchos les cuesta creer que nosotros y nosotras, los seres humanos, no somos si no una parte muy pequeña del inmenso tejido natural del ecosistema y que no podremos sobrevivir sin naturaleza porque somos naturaleza. A muchos les cuesta entender que la tecnología, tan moderna y avanzada, no habría podido ser inventada sin la observación humana del mundo vivo y, sin mundo vivo, no habrá más ni humanidad ni tecnología.

Muchísimos estudios, de muchísimos investigadores y científicos de muchos países del mundo y de varias disciplinas, afirman el carácter preocupante del estado de nuestro Planeta Tierra y de su biosfera. ¿Tendrá que ocurrir un drama para que los seres humanos logren restablecer contacto con su propia sensibilidad y volverse paradójicamente «humanos»? ¿Tendrá que suceder una catástrofe para que surja un cambio real? ¿Tendrán que estallar muchas más guerras para que sintamos el deseo de vivir como seres vivos en este mismo Planeta?

El final de esta era

Las tragedias que podemos evitar y las injusticias que somos capaces de reparar tendrían que mantenernos alerta. Estamos asistiendo al final de un mundo, no del mundo, estamos presenciando el final de una civilización, de un tipo de sociedad, de un sistema; eso nos obliga a cuestionar todas las creencias, todas las certezas, todas las representaciones mentales, todas las ideas, todos los conceptos. Examinar cada una de las creencias puede conducirnos a maneras muy distintas de comportamiento.

Los colibríes

Un estudio realizado en los primeros años del siglo XXI por sociólogos y antropólogos de la universidad de Michigan en los Estados Unidos de América, consistió en preguntar a un número de personas sobre sus valores. Los investigadores que realizaron el estudio notaron que, además de la gente que vive totalmente sumergida en la corriente dominante —publicitada y difundida por los medios masivos de información— hay gente que vive de modos muy diferentes. A estas personas las llamaron «mutantes», en este libro hemos preferido llamarles «colibríes», ya veremos más tarde por qué. Lo que más atrajo la atención de los investigadores de tal estudio, es que aquellos «colibríes» habían pasado a la acción dado que sus hábitos de vida cotidianos eran la puesta en práctica de sus maneras de pensar¹.

La célula de prospectiva de la comisión europea, a principios del año 2000 realizó el mismo estudio, constatando a su vez que había un buen número de «colibríes» en Europa, en una propor-

1 Janssen, 2013. Ver además: <http://www.worldvaluessurvey.org/> «World Values Survey» Valores y cambios culturales en las sociedades de todo el mundo.

ción similar a la encontrada en los EE. UU., es decir, alrededor del 20 % del total de la población². Sorprendidos con tales resultados, los investigadores quisieron saber por qué esas personas no habían creado un nuevo partido político, el partido de los «colibríes». Las personas interrogadas respondieron diciendo que no se puede reemplazar un sistema con las mismas reglas que ese sistema utiliza: «Si creásemos un partido político, caeríamos en la lucha egocéntrica de poder y nos perderíamos. Lo único que podemos hacer es dar testimonio de nuestras convicciones al interior del entorno en el que vivimos, siendo testimonios vivos de nuestras ideas. No queremos ser solamente teoría, queremos ser la encarnación misma de nuestros principios y valores, contagiando poco a poco al resto, en las sociedades en las que vivimos»³⁴.

Aquellos que vivimos distinto sabemos que el sistema industrial sometido a las máquinas y al mercado, no durará eterna-

2 Ídem, 1. Se puede visitar el sitio: <http://www.europeanvaluesstudy.eu>, de la « Association pour la recherche sur les systèmes de valeurs », ARVAL, Asociación para la Investigación sobre los Sistemas de Valores, que está formada por un grupo de educadores e investigadores en ciencias políticas y sociología de diferentes universidades y laboratorios de toda Francia: Cada nueve años realizan una gran investigación a través de cuestionarios que son titulados: «Los valores de los franceses». Estas investigaciones se insertan al interior de un conjunto más grande sobre lo que han llamado: «Los valores de los europeos». El mismo cuestionario es utilizado en cada país, lo que permite lograr comparaciones muy interesantes. De una temporada a la otra, el cuestionario es, en gran parte, el mismo para identificar los cambios de valores a través de los años: <http://valeurs-france.upmf-grenoble.fr>

3 Ibidem, 1.

4 El número especial de la revista *Futuribles* N.º 200 de julio de 1995 se consagró al estudio titulado, «*L'évolution des valeurs des européens*», La evolución de los valores de los europeos. Estudios sobre el mismo tema fueron publicados en julio de 2013 por la revista *Futuribles International* N.º 395 en cooperación con la Asociación para la Investigación sobre los Sistemas de Valores, ARVAL: <http://www.futuribles.com/fr/base/revue/200/levolution-des-valeurs-des-europeens-numero-specia/>

mente. El 20 % de la población mundial sabe que los seres humanos deben utilizar su inteligencia no para dominar la naturaleza, sino para aprender a vivir en ella. Vivir mejor con la naturaleza es vivir mejor consigo mismo, consigo misma, porque los seres humanos somos naturaleza. Los seres humanos suelen sentirse mal consigo porque sus valores son en general animados por el miedo, por la necesidad de protegerse y, en consecuencia, por la necesidad de poseer, de controlar, de dominar. Un mundo basado en valores ligados a la confianza no posiciona a los seres humanos al exterior ni debajo ni por encima de la naturaleza, sino al interior mismo de ella, porque de ella somos y ella nos hace, sin naturaleza no hay humanidad posible, de ella hacemos parte, somos naturaleza. No se puede vivir en solitario, es por eso, que sería maravilloso que todos los colibríes del Planeta lograran comunicarse, aún mejor sería que los colibríes del mundo logren inspirar y transformar a todas aquellas personas que detentan poder, tarea difícil...

Vivimos una era de cambios profundos en las creencias y representaciones sobre la sociedad y sobre aquello que la gente piensa y siente de sí misma. No estamos asistiendo al final de un tipo de sociedad, sino a una transformación más profunda, estamos presenciando el final de la civilización. Cuestionarnos nos hará parte del cambio, sin embargo: ¿qué cuestionar?, ¿por dónde comenzar?, ¿qué pensar?, ¿qué decir?, ¿qué hacer?, ¿qué sabemos de nosotras y de nosotros mismos?, ¿quiénes somos?, ¿cómo somos?, ¿cómo es el mundo en el que vivimos?, ¿cómo son nuestras sociedades?, ¿de dónde hemos venido y hacia dónde vamos?, ¿qué es lo que nos ha llevado al punto en el que estamos ahora? Estudiemos cada una de estas preguntas detenidamente.

EL SER HUMANO EN EL MUNDO

El mundo

El filósofo italiano Gramsci en la década de 1930 afirmaba vivir en una época muy extraña, en la cual el antiguo mundo estaba muerto, pero el nuevo tardaba mucho en venir y en ese contexto se produjo la Segunda Guerra Mundial. La catástrofe es un imperativo que nos empuja a reconocer que somos y hacemos parte del lugar en el que vivimos. Se ha podido demostrar a través de estudios antropológicos que después de una catástrofe las víctimas vuelven al lugar del drama o que, inclusive, se quedan allí. Durante una catástrofe y después de que ocurra, la gente busca espontáneamente las maneras de rehacer su mundo, eso sucede de modos muy concretos: construyendo lugares de refugio, buscando alimentos, buscando agua. Se hace mundo cada vez que construimos un sistema en el cual podemos existir. Los seres humanos necesitamos un mundo para existir, si por mundo entendemos el lugar en el cual nos es posible desarrollarnos; hacer mundo significa encontrar maneras para interactuar con la vida, con los seres y las cosas que hacen parte de nuestro entorno. Quienquiera que fuera, en una situación dramática, no se abandona a la suerte, no se deja morir cuando se siente necesario, cuando se siente útil porque sentirse parte de un todo, de un grupo, de un lugar, de un ecosistema, permite retomar aliento para mantenerse en vida.

La realidad y la memoria

Nuestros cerebros sintetizan y reconstruyen la información percibida por cada célula de nuestros organismos. Aquello que solemos llamar realidad es algo subjetivo, lo real no son las cosas que percibimos, ni los sucesos que vivimos y que se impregnan en nuestras memorias, porque la experiencia es algo que se construye y reconstruye continuamente. Nuestra realidad es una realidad entre muchas otras; los seres humanos no podemos, por dar un ejemplo, ni ver los rayos ultravioletas, ni escuchar ultrasonidos. En la memoria de cada ser vivo se construye y se reconstruye información, es por eso por lo que cuando los recuerdos vuelven a la consciencia, nunca son lo que fueron. Todo va transformándose, todo está en constante movimiento, así es como toman forma en nuestras mentes uno u otro concepto, así toma forma la realidad que conocemos y que somos capaces de concebir.

Investigaciones actuales han demostrado que en el interior de un cerebro hay tanta información que se necesitan índices para encontrar lo que se busca; una fotografía, por ejemplo, puede ayudarnos a traer a la memoria consciente un evento remoto que será recordado gracias a las imágenes que se observan. La memoria nos ayuda a conservar recuerdos y a evocarlos, pero sobre todo nos ayuda a sintetizar información porque la memoria es también olvido. Todo organismo vivo se halla expuesto a muchísima información, al sintetizar la información, la memoria guarda solamente una parte, esto sucede de manera inconsciente y constante.

Para poder recordar es necesario ser capaces de sintetizar información, eso significa que es necesario que la memoria esté en la capacidad de seleccionar tanto eso que será recordado como aquello que deberá olvidarse, tal como se hace con las imágenes tomadas por una cámara fotográfica numérica. Con el

fin de conservar el computador en estado eficiente es necesario proceder a una selección, de imágenes en el caso de las fotografías, conservando unas y borrando otras; un exceso de información almacenada hace que el computador deje de funcionar. Ese trabajo de síntesis y de organización es muy útil para poder hacer uso de la información almacenada, tanto en el caso de un computador como en el caso de un cerebro vivo. Sin embargo, antes de la invención y de la fabricación de los computadores, los documentos escritos, los documentos impresos, los libros, las revistas... funcionaron, y todavía funcionan, de la misma manera. Para sintetizar es necesario organizar, la organización implica conservar, pero también conlleva la capacidad de eliminar excesos. Para recordar algo, es necesario olvidar; cuando algo se recuerda, algo más ha debido de quedar en el olvido.

Las representaciones mentales

Toda representación mental es el resultado de una abstracción del entorno, dicha abstracción se reconstruye inmediatamente en el cerebro para ser interpretada. Los seres humanos aprendemos a leer las imágenes del mundo que nos rodea mucho antes de aprender a leer las letras, las palabras y las frases que hacen parte de nuestras respectivas lenguas. Ambas lecturas suceden gracias al mismo mecanismo: cualquier imagen, cualquier objeto, cualquier cosa, refleja la luz del sol que no absorbe, esa luz se impregna en las retinas de nuestros ojos, lo que despierta una serie de reacciones en cadena que permiten la construcción de representaciones mentales, de percepciones, ideas que surgen en nuestras conciencias. Nuestro cerebro no solamente percibe formas, colores y matices, también percibe temperaturas, distancias, sonidos, contornos, profundidades, volúmenes y todas

las características que nos permiten conocer y reconocer uno u otro tipo de objeto, señal, fenómeno, suceso⁵.

Interpretar el mundo

Gracias a nuestras experiencias, base fundamental del aprendizaje, podemos y damos sentido a los estímulos constantes que recibimos del entorno. Mientras nuestros ojos miran, nuestros otros sentidos están a su vez percibiendo sonidos, sensaciones, olores, sabores, etc. Al contrario de lo que sentimos conscientemente, nuestros ojos no ven los objetos, ni entienden los sucesos, de modo directo. Ver un objeto, aprehender un suceso, es el resultado de una traducción cerebral. Nuestras mentes interpretan en formas, texturas, colores, etc., los rayos de luz que impactan en nuestras retinas, de manera que, al mirar —sin darnos cuenta conscientemente—, pintamos de colores el mundo que nos rodea, le damos además temperatura, textura, sonido... le damos también significados distintos. Ver el mundo es una operación de extracción y de reconstrucción compleja de una serie de formas, de volúmenes, de sombras, de colores, de matices, de movimientos, de superficies, de contornos... Percibimos todo eso y más, en momentos distintos, con luces diferentes, al interior de contextos versátiles que están en movimiento⁶.

La sinestesia

La combinación de sensaciones nos permite sentir emociones complejas, pues los colores se combinan con los sonidos, las for-

5 Ameisen, 2012.

6 Ídem 5.

mas con los colores, etc. Esos procesos de percepción ponen en marcha un arsenal de recuerdos grabados en nuestras memorias. Nuestra audición, nuestro tacto, nuestro olfato, nuestros ojos, cada una de nuestras células nos permiten vivir experiencias de sinestesia, porque esta ocurre cuando se mezclan entre ellas las sensaciones percibidas gracias a órganos sensoriales diferentes. La sinestesia se parece a la metáfora, porque esta se da cuando se utiliza una palabra, o una frase, con un significado similar, análogo o semejante; la metáfora hace parte esencial del lenguaje humano.

El modernismo y las vanguardias tratan el término de sinestesia como experiencias multisensoriales; también se habla de sinestesia cuando se mezclan sensaciones con sentimientos como la tristeza, la alegría, etc. Antiguamente la palabra sinestesia significaba «sentir al mismo tiempo», las interpretaciones actuales van más allá de la asociación de sensaciones vividas por una sola persona para transformarlas en sensaciones compartidas, es decir, en experiencias de sinestesia colectivas.

Las analogías

La intuición y el conocimiento provienen de la analogía ya que, con el fin espontáneo de comprender, el cerebro humano hace constante y naturalmente analogías⁷. Los filósofos de la época llamada post -mítica tal como Protágoras, Empédocles o Platón, utilizaron los mitos como alegorías. La alegoría es una figura retórica que consiste en representar una idea figuradamente a través de formas humanas, animales o cosas. Se puede decir, además, que una alegoría es un discurso argumentativo. Una alegoría puede contener una serie de imágenes metafóricas que

7 Hofstadter y Sander, 2013.

representan pensamientos más complejos como cuando Platón inventa y hace uso del mito de la caverna.

La alegoría es un instrumento del conocimiento asociada al razonamiento analógico. Las analogías son argumentaciones muchas veces anecdóticas. La analogía es un marco de interpretación que consiste en hacer comparaciones para que unas cosas, unos hechos o sucesos, correspondan a las cosas conocidas y a las experiencias vividas⁸. Nuestras mentes hacen espontánea y constantemente analogías, pues es así como logramos registrar a diario muchísima información al interior del espacio finito de nuestros cerebros.

La lectura del mundo

El mismo mecanismo de abstracción mental, de reconstrucción y de interpretación, se pone en marcha en nuestro cerebro cuando se leen imágenes del mundo y cuando se leen palabras o frases escritas. Ver, implica una lectura de imágenes del mundo, y leer, conlleva ver imágenes escritas. Para entender el mundo que nos rodea, tuvimos que aprender a leerle. Leer es también un proceso de abstracción, reconstrucción e interpretación de formas elementales. Antes de escribir, aprendimos a dibujar imágenes más complejas; la reproducción de figuras a través del dibujo nos ayuda a crear una primera forma de lenguaje «escrito». La historia, las leyendas, las religiones fueron transcritas primero en imágenes, por artistas sobre muros en las cavernas, y sobre vitrales después, al interior de las iglesias. Asimismo, los infantes comienzan por dibujar imágenes que figuran el mundo en el que viven, luego aprenden —en la mayoría de los casos— a dibujar las letras y las palabras del lenguaje que les enseñan.

8 Ídem 7.

Las palabras escritas han reemplazado las imágenes figurativas de la comunicación iconográfica de otros tiempos, ya que pueden decir mucho más utilizando menos espacio y, por ende, en menor tiempo. Una forma simple (estilizada) se dibuja y/o escribe, más rápidamente y en menor espacio. La comunicación —a través del intercambio de imágenes figurativas— se ha enriquecido con el intercambio de palabras. La escritura de palabras es una estilización, o simplificación, de las formas complejas de las representaciones figurativas que son, tanto el dibujo como la pintura. Estilizar significa en este caso, hacerlo simple, suprimir detalles, guardar solamente los trazos elementales para sugerir las formas complejas que representan.

LAS SOCIEDADES HUMANAS

La comunicación

El objetivo de la comunicación es el de entrar en relación con otras personas para luego crear relaciones sociales con ellas. Para entrar en real comunicación se necesita llegar a aprehender la visión del otro y que el otro pueda también aprehender nuestra visión de las cosas, es por esta razón que el acto de comunicar resulta tan complejo. Comunicar implica ser capaz de compartir percepciones personales. Para poder compartir representaciones mentales individuales, comunicarnos, lograr consenso, es necesario sintetizar la información, estilizar las cosas, simplificarlas, volverlas sociales; los detalles son importantes, pero no todos cuentan de la misma manera y su importancia varía según las necesidades de los contextos.

El consenso

Para lograr comunicarse es necesario compartir conceptos sobre las cosas, sobre lo que sucede y sobre cómo suceden las cosas y los fenómenos del mundo. Los miembros de un grupo necesitan llegar a acuerdos para que sea posible desenvolverse individual y colectivamente, es por eso por lo que para vivir en sociedad se necesita lograr consensos. El consenso nos ayuda a entrar en acuerdos que a su vez permiten: establecer prioridades, impli-

caros, compartir, ceder o imponerse. Para llegar a acuerdos y lograr consensos, se necesita un lenguaje.

Ya que el lenguaje se establece al interior de los grupos humanos a través de consensos, se convierte en el medio a través del cual se crean y se establecen diversos tipos de relaciones sociales. «Si pensamos el lenguaje como mediación podemos entender que no solo sirve para entablar relaciones sociales, sino además para darles una u otra forma»⁹, es decir, para crear uno u otro tipo de sistema social.

El lenguaje permite el intercambio y facilita la comunicación; comunicación que a su vez crea, y se establece, al interior de diferentes tipos de relaciones sociales. De eso hablamos cuando decimos que para vivir en sociedad se necesita lograr consensos.

El lenguaje

Para expresar nuestras experiencias y comunicarlas a otros utilizamos un lenguaje. El lenguaje es un sistema de comunicación estructurado con ciertos principios formales de combinación y se utiliza al interior de contextos. El contexto está ligado directamente a las circunstancias espaciotemporales. El ser humano emplea lenguajes complejos usando símbolos, secuencias sonoras, movimientos corporales, signos gráficos, etc. Tanto señales como sonidos son emitidos y registrados por nuestros cerebros a través de nuestros órganos de los sentidos. Ciertos sonidos, pronunciados en cierto orden, dan forma a ciertas palabras que, ordenadas de cierta manera, también dan forma a frases que significan cosas. Así funciona el lenguaje.

El poder del lenguaje está en hacer posible aquello que, en principio, parece imposible: sentir a través de las experiencias

9 Jacopin, 2001-2002.

ajenas. El lenguaje nos permite intercambiar conceptos, este intercambio nos ayuda a comunicarnos y, en consecuencia, a vivir en sociedad.

Los matices del lenguaje

El lenguaje no es una transparencia, es decir que, cuando alguien nombra una cosa, ese nombre despierta en la mente de cada interlocutor, un concepto personal sobre esa misma cosa. Cada ser humano da significado a lo dicho a partir de su propia experiencia. Asimismo, sucede dentro de la mente de aquel que nombra, con una palabra, algún objeto. Cada persona da sentido a las cosas a partir de sus aprendizajes y el aprendizaje está íntimamente ligado a las experiencias. Así, si alguien nombra el fruto limón, esta palabra toma una forma y un sentido distinto conforme sea escuchado por una persona u otra. Por ejemplo, en zonas latinoamericanas, los limones son generalmente pequeños y verdes, ese es el referente «limón» para alguien que ha crecido en Latinoamérica. No es así para alguien que ha crecido en alguna región de la Europa mediterránea en donde el referente «limón» es más grande que el pequeño limón verde, pero, además, no es verde, sino amarillo.

Los matices del lenguaje no terminan ahí, ya que damos sentido a la realidad de la que hacemos parte a través de nuestras experiencias. Los colores se perciben en acuerdo al contexto y aprendizaje de cada ser humano: un cabello castaño oscuro será «negro» en zonas en las cuales la mayor parte de las cabelleras son castaño claras o rubias; mientras que, el mismo color de cabello castaño oscuro, será considerado «castaño claro» y hasta «rubio» en zonas en donde el color de las cabelleras sea mayoritariamente «negro».

Que el lenguaje esté lleno de conceptos «relativos», no quiere decir que se trate de una quimera. Que algo sea relativo no quiere decir que no pueda ser considerado como real o verdadero: la persona que viaja al interior de un tren, está inmóvil en relación al tren que se mueve sobre los rieles, pero en relación a la gente que espera en los andenes, esa misma persona se está moviendo tan rápido como se está moviendo el tren¹⁰. Las palabras, como las ideas, las personas y los objetos, toman sentido al interior de contextos, o, circunstancias espaciotemporales. La descripción del contexto permite establecer puntos de referencia que permiten localizar con mayor exactitud las cosas y los sucesos y, en consecuencia, mejoran la comprensión.

10 Este ejemplo fue dado por Albert Einstein y retomado por Stephen Hawking en su libro, *Brevísima historia del tiempo*.